

Los sucesos de Radio Reloj

“DIOS MIO, QUE FATAL SOY EN LA CMQ”

Exclama, bajo una crisis nerviosa, el operador del "control maestro" de Radiocentro.

Como lo relató Manuel Fernández Morales a nuestro compañero PECRUZ.

Fotos de Alburquerque.

EERAN aproximadamente las tres y cuarto del mediodía del fatídico miércoles 13 de marzo. Manuel Fernández Morales, conocido por "Bicicleta" entre sus compañeros, apuraba una taza de té en la cafetería próxima a Radiocentro. Minutos después comenzaba sus labores al frente del "Master control", monstruo electrónico de bombillos, relojes y enredadera de cables, que lanzan al aire las señales de las tres radioemisoras que transmiten desde el edificio.

Esta faena la viene realizando "Bicicleta" desde que tenía veintitrés años. Hoy, con cincuenta y ocho de edad habrá pensado que la última vez que se vería acom-

pañado en el trasmisor por elementos armados, había sido el 10 de marzo de 1952. Con esa, eran ya tres las veces que le pasaba. Observando responsablemente todos los pormenores de la pizarra de control, los minutos pasaban llenos del aburrimiento que este rutinario trabajo produce. Todo estaba tranquilo. De pronto, Fernández Morales escuchaba a través del grueso cristal que lo separa del lobby un escándalo poco usual en aquel sitio. Apenas tuvo tiempo para volver la cabeza y percatarse de lo que estaba pasando. Un hombre armado entraba estrepitosamente en su cabina, y apuntándole
(Continúa en la Pág. 90)



De esta forma, tirándose al suelo, entre la pared y las grabadoras, evitó Fernández Morales que las balas de las ametralladoras lo alcanzaran. El cristal que se ve a la izquierda quedó completamente agujereado.

"Con esta son cuatro las veces que me pasa", dice Fernández Morales a nuestro compañero Pecruz, mientras relata sus experiencias del miércoles 13 de marzo.



Manuel Fernández Morales, veterano de los operadores de la CMQ, muestra los compresores de audio que sufrieron desperfectos, al hablar Echavarría a través de los micrófonos de Radio Reloj, con tal fuerza que éste quedó inutilizado por unos minutos.

te "Felo" Guas Inclán anunció oficialmente la liquidación del plan de Vento. Enarbólo, como nuevo pendón, la fecha del 10. de noviembre del 58 como meta de elecciones generales.

La vieja trifulca en la intimidad del marcismo, segmentado entre el tanquismo rampante y cierta proclividad a las concesiones, se animó de pronto. Para unos, la aplastada revuelta del miércoles 13 brindaba la coyuntura para apretar el puño. Para otros, la triste experiencia debía servir de punto de partida para un replanteo del problema nacional capaz de pacificar al país.

Vasconcelos insurgió como abandonado de la línea intransigente:

—Y no queda más remedio que escoger —escribió en su Entreactos del lunes último—: defenderse a puño limpio o entregarse a discreción, aceptar la humillación. En general hay que sacudir fuertemente la mata. Que caiga lo podrido, si lo hay. Que se quite lo que anemie al tronco. Que no todos los problemas se reduzcan a banquetes y discursos. Que terminen las delicias de Capua y los partidos coalicionistas, los cuatro, abandonen el dulce far niente y se pongan enérgicamente en pie frente al reto insurreccional. Que no se hable más del plan de Vento; pero que tampoco se conceda fundamental importancia a una convocatoria electoral rechazada de antemano por la Oposición, y a unas sesiones congresionales de pura fórmula que tampoco lograrán conducir a ninguna solución aplicable al empesamiento tremendista.

La tesis adversa pareció asentarse en las zonas parlamentarias. A las once de la mañana del lunes 18 se reunieron los líderes congresionales en el salón de la presidencia del Senado, convocados por Anselmo Alliegro. Entre los invitados figuraba el ministro de Comercio, Raúl Menocal. Eduardo Suárez Rivas se apresuró a tomar la palabra, adelantándose a cualquier pronunciamiento de la mayoría.

—Señores —empezó diciendo—, nosotros vamos a concurrir a la sesión de apertura de la legislatura porque creemos que es nuestro deber en estos momentos. Hay que buscar una solución. El problema de Cuba es muy grave, y no es que lo diga yo, sino que ustedes lo han visto, lo han vivido. Hace unos horas asaltaron el Palacio Presidencial...

El patricio de Baracoa le interrumpió:

—Doctor Suárez Rivas, quiero explicarle que los señores líderes que están presentes y quien les habla hemos leído el documento que el Partido Auténtico acaba de redactar, el que consideramos digno de estudio e interés. Pero antes de entrar a considerar este punto debo recordar que, reglamentariamente, la sesión de hoy se ceñirá a la lectura y aprobación del mensaje del Poder Ejecutivo.

Una sonrisa floreció en el semblante del villareño.

—Estamos de acuerdo —expresó— y me confortan sus palabras en el sentido de que nuestro documento tiene interés. Eso prueba que lo han leído. La verdad es que tiene que haber solución política y es el gobierno el que debe ofrecerla, o de lo contrario declarar la dictadura y cerrar este Congreso.

La llegada de Rivero Agüero, procedente de la mansión ejecutiva, acrecentó la atmósfera de optimismo. Al decir de ARA, la proclama perreceptista había causado favorable impresión en las altas

esferas del marcismo y sería tomada en cuenta a la hora de elaborar los planes electorales del futuro.

—Esta semana, aseveró el senador por Pinar del Río, habrá noticias importantes, buenas y abundantes.

En sustancia, el PRC de Grau proponía la integración de una comisión interparlamentaria para que en un plazo no mayor de veinte días citara, bien conjunta o separadamente, a todos los jefes de los partidos políticos organizados y sectores que no lo estuvieran a fin de demandar su opinión sobre una serie de puntos básicos: 1) cese de las medidas represivas; 2) amnistía política y militar; 3) celebración de elecciones generales a la mayor brevedad posible; 4) Código electoral del 43 o modificación del mismo y 5) utilización de los actuales carnets de identidad o expedición de nuevos.

No era cosa muy clara que el travieso vecino de la Quinta Avenida estuviera calorizando las andanzas conciliadoras de su equipo congresional. Por lo pronto, en charla con un reportero de EN CUBA, adoptó una sonrisa displicente, casi desdenosa:

—Sí, ellos decidieron ir a las sesiones. Yo no quise caer en el mismo vicio del Ejecutivo, ordenándole lo que tienen que hacer. Ellos han hecho lo que han querido.

De inmediato soltó una frase desdenosa:

—Lo anorinal aquí es que el Congreso no funciona. No sirve para nada. Es un circo lleno de empleados que no hace más que obedecer y cumplir las órdenes que le da el Ejecutivo...

Sentenciosamente:

—La única solución es poner en manos del pueblo la elección de todas las magistraturas; pero esta solución es la urgente, que no puede aplazarse por fechas arbitrariamente escogidas por los que actúan en el gobierno, sino que las elecciones generales deben producirse de modo inmediato, utilizando solamente los plazos que la ley electoral determina.

La semana próxima prometía, a la par de los atreos represivos, una reanudación de los trajines políticos. Charlas y balas, en la agenda pública.

"DIOS MIO, QUE FATAL..."

(Continuación)

con su pistola ametralladora gritaba:

—¡La revolución ha triunfado! ¡Viva la revolución! Echavarría va a hablar.

El operador quedaba estupefacto. No podía creer lo que estaba presenciando. Por cuarta vez en su vida se veía en peligro mientras trabajaba tranquilamente.

Sin saber cuál sería la reacción del hombre que lo encañonaba, se limitó a preguntar:

—¿Y por dónde va a hablar Echavarría?

—¡Por Radio Reloj... sintonice lo para oírlo!

Rápidamente se cumplía la orden. En la angosta y refrigerada habitación se escuchaba ya el clásico formato radial de la emisora. Tras leer uno de los locutores un comercial, el otro, con voz temblorosa, anunciaba que la revolución había triunfado. "En un ataque al Palacio Presidencial Batista ha sido suspendido como jefe de las Fuerzas Armadas." Fue entonces cuando se oyó la voz del Presidente de la FEU repitiendo a gritos lo dicho por el locutor momentos antes. Tras la inesperada arenga, de-

saparecía toda voz quedando solamente en el aire el "tic-tac" característico de Radio Reloj. Al notario, el inesperado visitante inquirió bruscamente:

—¿Qué es lo que ha pasado que no se oye?

"Bicicleta", procurando ecuanimidad, replicó con voz cortada:

—Es que Echavarría ha gritado muy fuerte ante el micrófono, y ha roto los "compresores de audio"... no es culpa mía.

El rebelde comprendió. Contando con que aquel hombre que cuidaba de los controles no se había movido desde su llegada, nada podía haber hecho para silenciar la planta. En esos instantes, el grupo que había ido hasta el estudio de Radio Reloj ya emprendía la retirada. Al llegar al lobby en pos del elevador, frente al master, una exclamación se repetía:

—¡A romper el transmisor de CMQ! ¡Fuego!...

Instantáneamente una ráfaga de ametralladoras atravesaba la vidriera rebotando los balazos en los transmisores. El individuo que había permanecido custodiándolo, también abría fuego. Sus balas se incrustaban en la consola de control. "Bicicleta" se hallaba entre dos lluvias de balazos. En ese instante crítico lo único que su instinto de conservación le permitió hacer fue tirarse al suelo, entre la pared y las grabadoras de cinta magnética. No tuvo tiempo para pensar en nada. No acertó a calcular el tiempo que duró el tiroteo. Su cuerpo permaneció sobre el pulido piso de linoleum, mientras que los fragmentos del cristal despedazado le caían encima durante breves segundos. Para él fueron siglos. Cuando ya todo volvía a la normalidad, Fernández Morales, presa de una fuerte crisis nerviosa que le obligó a permanecer en descanso varios días, exclamaba trágicamente:

—¡Ay, Dios mío... por qué yo seré tan fatal en la CMQ!

—Es la cuarta vez que me sucede un hecho similar en los veinticinco años que llevo trabajando aquí en CMQ —nos dice—. De todos los operadores que tiene la planta, al único que le suceden estas cosas es a mí. Para mayor coincidencia —agrega— yo había cambiado mi turno, que es el nocturno, con un compañero hasta el mes de agosto, y apenas comencé a trabajar, sucedió todo esto.

—¿Existió la posibilidad de que el grupo de Echavarría lograra sus propósitos de causar desperfectos de consideración en el transmisor? —preguntamos.

"Bicicleta", con un gesto de seguridad, contesta rápidamente:

—En lo absoluto... para lograr que un desperfecto de consideración deje fuera del aire a cualquiera de las tres radioemisoras de Radiocentro, es necesaria una bomba de gran potencia. Hay que tener en cuenta que todos los equipos están protegidos por paneles de acero de un cuarto de pulgada de espesor. Fíjese en estas marcas.

Examinando el equipo notamos que, en efecto, unos pequeños rasguños en la pintura son las únicas huellas que señalan el impacto de las balas. Estas marcas pasan de doce. Ninguna de ellas llegó siquiera a atravesar el fuerte metal.

Ahora Manuel Fernández Morales eleva la mirada mientras exclama:

—Espero que éste sea el último susto de esta índole que me lleve en mi vida.

Y remontándose al pasado nos cuenta sus experiencias:

—En el año 1933, en pleno "ma-

chadato", la CMQ tenía sus estudios en la calle 25, en el Vedado. Una noche, sobre las siete, estaban retransmitiendo un programa de la COCO. En los momentos que bajaba a comer vio que al final de la oscura escalera llegaban cinco individuos con ametralladoras. Pensó que eran los músicos de Cheo Belén Puig, que aquella noche tenían un programa. La oscuridad reinante en la estrecha escalera hizo que confundiera las ametralladoras con los instrumentos de los esperados músicos.

—Suban, suban, si quieren yo les ayudo con los instrumentos.

Enseguida se daba cuenta de su error. Lo que él pensaba que era un violín resultó ser una pavorosa ametralladora. Inmediatamente fue encañonado y obligado a regresar a la emisora. Una vez allí, cortaron los teléfonos para impedir las comunicaciones. De una patada derribaron el estante de la discoteca haciendo añicos gran cantidad de discos.

—Toma esto y rompe el control —le gritaron dándole una gruesa cabilla para que consumara el destrozado. No le quedó más remedio que cumplir la orden. El momento era grave y su vida corría un serio peligro. Una vez destruida la consola de control lo subieron a la azotea de la casa.

—Ahora rompe la planta.

—No, la planta no se puede golpear porque moriremos todos achicharrados —explicaba nervioso y confuso.

—Si no quieres que te llenemos de plomo —repetían los asaltantes— déjate de historias tontas y haz lo que te decimos.

Pero "Bicicleta" no mentía. En aquellos tiempos los bombillos de las plantas radiales tenían un sistema de enfriamiento de aire. Al estar transmitiendo durante horas consecutivas el agua llegaba al máximo de vapor. De reventar el tanque de líquido hirviente hubiera sido una verdadera catástrofe.

Era un verdadero dilema. Al fin pudo convencer a sus captores del peligro que corrían. Una vez eliminada toda el agua de la planta, ésta fue totalmente destruida. Al terminar la destructora labor en el local, los empleados de la emisora fueron encerrados en el cuarto de baño durante largo rato.

Le preguntamos a Fernández Morales a qué grupo político pertenecían los que llevaron a efecto aquel asalto. Rascando su despeinada cabeza contesta con desconfianza:

—No, de eso sí que no me acuerdo.

Comprendemos el hermetismo de sus palabras. No insistimos.

La segunda vez que Manuel Fernández vio interrumpido su trabajo con la llegada de "visitantes inesperados" fue durante el gobierno de Laredo Bru. En esa ocasión, no fue tan peligroso para su persona. Permaneció encerrado en el cuarto de control de la CMQ de Prado cerca de nueve horas, sin poderse mover ni un momento de su puesto. Dos agentes secretos fuertemente armados se encargaron de su enclaustramiento. Un fuerte editorial en contra de Laredo Bru transmitido por la emisora fue el motivo de este nuevo percance.

• Cuando "Bicicleta" llegaba a su trabajo en la madrugada del 10 de marzo de 1952, casi subió las escaleras de Radiocentro con un pelotón de militares armados que iban a custodiar el "master control" una vez dado el golpe militar por el general Batista. Esa mañana sacó al aire la planta en com-

pañía de dos soldados. De nuevo sintió la tensión de estar cerca de una ametralladora.

Los trágicos sucesos acaecidos el pasado miércoles 13 en Radiocentro epifogan (hasta el momento) las experiencias de esta clase, sufridas por el más viejo y accidentado de los operadores del "master" del circuito CMQ.

—Lo que no hay es que ponerse nervioso —exclama "Bicicleta" orgullosamente por las pruebas de ecuanimidad demostradas. Y termina sus relatos con expresión de profundo humorismo filosófico:

—Cuando yo era niño, en Matanzas, me educué en un colegio religioso... los domingos actuaba como monaguillo ayudando a decir misas. Desde entonces no voy a la iglesia... ¡Pero nunca pensé que Dios se acordara tan bien de mí!

"¡SOPORTAMOS MEDIA..."

(Continuación)

lo que yo no tuve, una educación. Si los viejos no se me mueren habría terminado mi educación en el San Agustín", solía decir.

Hacia diecinueve años que estaba casado con Sofía Pérez y ella le había ayudado instalando una pequeña peluquería en la sala de la casita en que vivían en la calle Rayo.

A las cuatro y cuarto de la mañana López Camiño estaba instalado tras el timón de la guagua en el paradero de la Ruta catorce y comenzaba el recorrido.

El turno se desenvolvió rutinariamente, a las once y media entraba de nuevo con el carro. Se dirigió con unos compañeros al cafetín de la esquina a tomar un poco de café. Mientras conversaban lo mandaron a buscar de la Administración.

—Oye, Pepe, el autobús 1735 que tenía que sacar Cheo ahora al mediodía lo vas a conducir tú?

—¿Qué le pasó?

—Lo picó una abeja en un párpado y apenas puede ver. Está fatal ese muchacho.

A las doce José López Camiño salió al timón del autobús 1735. Marchaba por las calles bajo la densa modorra del mediodía. El primer viaje lo realizó cargado hasta los estribos. Era la salida de los empleados públicos. Pero después de las dos de la tarde la guagua iba casi vacía.

A las tres y veinte de la tarde enfiló por la calle Chacón. Llevaba cinco hombres y una mujer de pasajeros. Avanzó como de costumbre a velocidad moderada por la estrecha calle. Se detuvo en la esquina del café casi frente a Palacio para esperar a que pasaran algunos autos. Y avanzó.

A su izquierda el Parque Zayas y el Palacio de Bellas Artes, a su derecha el Palacio Presidencial. En ese instante se escucharon algunos disparos. López Camiño pisó el acelerador y avanzó unos metros más. Cuando llegaba frente a la Puerta de Colón, un auto de color verde que avanzaba a gran velocidad por la Avenida de las Misiones dobló por Colón y vino a frenar violentamente frente a la guagua.

Sus cuatro ocupantes descendieron empujando sendas ametralladoras y corrieron hacia la puerta. Apenas cruzaron la reja comenzaron a disparar hacia el patio.

López Camiño se vio en una apretada situación. El auto verde le bloqueaba la calle impidiéndole continuar y los disparos continua-

ban. Todos los pasajeros se lanzaron al suelo y él los imitó.

Uno de los pasajeros vio asombrado desde el piso que un chino que viajaba en el asiento junto al suyo permanecía impávido sentado junto a la ventanilla, como si no temiese a los proyectiles. El pasajero se arrastró y le tiró del pantalón. El chino se desplomó entonces. El lado de su cuerpo expuesto a la calle estaba cubierto de sangre. Estaba muerto.

Uno de los pasajeros Jorge Novoa López, de veinte años se acurrucaba en uno de los últimos asientos. A su lado la única mujer de la guagua prorrumpió en gritos desesperados. "¡Ay Dios mío, protégenos! ¡Ángel de la Misericordia haz un milagro! ¡Nos matan, nos matan! ¡Mis hijitos!"

La mujer se puso de pie y corrió por el pasillo. Jorge se le abalanzó a las piernas y la hizo caer al suelo, allí la sujetó fuertemente. Ella lloraba y gritaba y lo arañaba, presa de un violento ataque histérico.

La situación en la calle se hacía más difícil. Al principio los tiros se escuchaban dentro del Palacio y sólo alguna que otra bala atravesaba la guagua. Los pasajeros sentían aterrorizados los mortales silbidos que horadaban las planchas metálicas del autobús.

Pero pronto los tiros comenzaron a sentirse también del costado izquierdo, provenientes del Palacio de Bellas Artes. Ahora escuchaban también tableteos de ametralladoras. Se había entablado una batalla entre Bellas Artes y Palacio y ellos estaban situados exactamente en el centro de la línea de fuego.

El pasajero Jorge Novoa sintió que en un momento que aflojó su presión sobre la mujer ésta se puso de pie y se lanzó por una ventanilla. Luego supo que había sido herida en una pierna mientras corría por el Parque Zayas.

Varias ráfagas sacudieron el autobús de una punta a otra. Casi todos los pasajeros quedaron heridos y los lamentos de dolor sustituyeron a los gritos de horror.

Ahora notaban que los tiros que venían de Palacio eran más numerosos que los de Bellas Artes. Escuchaban además unas explosiones sordas que luego supieron eran de granadas.

Los estampidos se hacían ensordecedores. Jorge Novoa confesó después: "Es una de las sensaciones más angustiosas que puede padecer un hombre. Tirado allí en el piso sabiendo que el próximo segundo le puede ser fatal. Un silbido, un pequeño dolor y después... Nada. Así permanecemos media hora".

Oscar Pinedo se alzó lo suficiente para ver por una ventanilla. El carro verde que les obstaculizaba la salida había desaparecido. En ese momento vio que varios carros blindados se acercaban a Palacio. "¡Ahora sí que nos matan a todos!"

Pero de las ventanas de Palacio donde estaba parapetada la Guardia riopostándole a los revolucionarios se escuchó una orden imperiosa: "¡Quiten esa guagua de ahí!" Luego otra voz en la que se notaba cierto nerviosismo: "¡Por su madre, saquen la guagua!"

Los pasajeros se unieron al ruego. El conductor Alberto Triana le gritó al chofer López Camiño para que pusiera en marcha el vehículo. Este hizo un esfuerzo, trató de incorporarse, pero cayó de nuevo al piso. Había perdido mucha sangre.

Triana, el único ileso del autobús fatídico, se arrastró por encima de los cuerpos de los demás pasajeros

hasta que llegó al timón y apretando el acelerador del motor que había quedado en marcha y cambiando las velocidades mientras permanecía tirado en el piso, hizo avanzar lentamente al autobús.

Un cuarto de hora después, ya frente al timón, lo hizo detenerse en la Casa de Socorros de San Lázaro. Allí atendieron rápidamente a los heridos y enviaron el cadáver del chino al Necrocomio.

López Camiño era el más gravemente herido. Una bala le había fracturado el esternón y una costilla, impidiendo quizás que le atravesara el corazón. Tenía dos perforaciones en el colon, una en la vesícula, que le fue extraída, una en el hígado, otra en la pleura, ocho perforaciones en la pierna izquierda que le fue amputada, una en la región glútea y en la pierna derecha cinco balazos más.

López Camiño semiconsciente en el Hospital de Emergencias no cesa de repetir: "Me han destrozado, vieja". Y otras veces: "Dame la ropa, que voy a sacar tarde la guagua".

Su hija Olivia confiaba en que obtendría trabajo de nuevo, pues hay otro chofer en la Ruta 14 que trabaja con una pierna artificial.

Mientras tanto, los heridos se restablecen en el Hospital de Emergencias y tratan de olvidar que en una plácida tarde mientras transcurrían perezosamente en un autobús, se vieron envueltos en una de las más horribles y angustiosas experiencias que puede sufrir un ser humano.

N. de la R. —Entrando en prensa este reportaje llega a nosotros la triste noticia: EL CHOFER LOPEZ CAMINO ACABA DE FALLECER EN EL HOSPITAL.

ES DEBER DEL GOBERNANTE...

(Continuación)

dentales e incruentos; y el 4 de septiembre de 1933, el 4 de febrero de 1941 y el 10 de marzo de 1952, entre otros, son hechos irrefutables que ofrecemos al juicio de los contemporáneos y del porvenir.

¿Conoce usted, doctor, las declaraciones del doctor "Millo" Ochoa, antes de embarcar hacia Miami?

—No puede por menos que ser rechazada la justificación que de su ausencia hace el doctor "Millo" Ochoa, quien ha tenido y tiene, para las pacíficas actividades políticas que ha desarrollado y que debe continuar desarrollando, el respeto y la garantía de que disfrutan en este país todos los ciudadanos que viven dentro de la ley.

Sin más preámbulos, hacemos la pregunta: ¿qué opina usted, doctor Rey, sobre el doloroso caso de la muerte del líder ortodoxo Pelayo Cuervo?

El ministro de Gobernación no se inmuta. Su palabra es pausada:

—El gobierno lamenta también, y de manera muy especial, la muerte del doctor Pelayo Cuervo Navarro, sobre cuyo acontecimiento han hecho expresivas declaraciones públicas los jefes de los Cuerpos Policiales, y la cual habrá de investigarse exhaustivamente.

Hay una polémica en el ambiente: la suscitada por la sensacional entrevista hecha por el periodista norteamericano Mathews, a a quien acaba de contestar el ministro de Defensa Nacional, doctor Santiago Verdeja. A ese respecto interrogamos al doctor Rey.

Hay cierta dosis de ironía en su respuesta:

—Bueno; el señor Mathews es

un periodista acreditado, que escribe para un periódico más acreditado aun, el "New York Times"; pero también es muy respetable y tiene mucho crédito la U.P., que comunicó oficialmente la muerte de Fidel Castro, y que aun no ha rectificado su noticia. Puede tomarse bandera, sin ofender a los dioses, por cualquiera de estas informaciones contradictorias y excluyentes de las dos acreditadas fuentes informativas americanas. Además, si creemos a la U.P. ¿no hay razones entonces para dudar de la información de Mathews? Y, sobre todo, ¿no contribuye Mathews a nuestras dudas y sospechas cuando afirma que Fidel Castro es un anti-comunista, siendo de todos conocida su intervención en el "Bogotazo", su pro-comunismo inconfundible, la actividad universalitaria de carácter marxista de su hermano Raúl, con su visita tras el "telón de hierro" y, en fin, su larga historia criminal, así como los pronunciamientos comunistoides de su actual literatura revolucionaria?

Y a guisa de explicación de todo lo anterior:

—Por lo demás, ninguna trascendencia tiene el que viva o se retrate, si ni pelea ni tiene fuerzas organizadas para el combate. Para demostrarlo, ahí están las fotografías publicadas por BOHEMIA y que no son frescas por cierto, sino indudablemente mantenidas en refrigeración. Frente a ellas se me ocurre hacer estas preguntas ingenuas, ¿es posible que la modestia de Castro sea tanta como para que estando acompañado de un nutrido grupo se retrate casi solo? ¿Hay alguna razón táctica o estratégica que aconseje tan desolada fotografía? O, por el contrario, ¿no se evidencia así la innegable veracidad de las informaciones del Estado Mayor del Ejército, afirmando que desde hace tiempo sólo quedan por la Sierra Maestras individuos diseminados, hurtando el cuerpo y escapando en escondrijos? Cuanto he dicho no es una tesis del doctor Verdeja, que no la necesita, sino elementales consideraciones de ocasión.

No hay cansancio en el combativo vocero del régimen, pese al tiempo transcurrido. Así cuando intentamos despedirnos, todavía nos dice:

—Deseo expresar, por último, que el gobierno reitera su invariable decisión de proteger a la ciudadanía en el ejercicio de sus derechos, para lo cual precisa la utilización de los medios legítimos que la Constitución y las leyes le autorizan para llevar a cabo, con eficacia, esa función tutelar que constituye el más esencial de sus deberes.

Y ratificando lo anterior:

—Sin exageraciones, pero con firmeza, habrá de continuarse en el cumplimiento de esas obligaciones. Y no he de perder esta oportunidad para subrayar la conveniencia de que los líderes de la oposición que desean para nuestra patria la normal convivencia y el disfrute de la paz, contribuyan con su palabra, su consejo y su acción a esas elevadas finalidades. Y que la prensa, vehículo de opinión pública y poderoso influyente en las orientaciones de la misma, ponga lo mejor de su acción y su deseo guiados en iguales derroteros. Que esta hora no es la de azuzar odios, ni clamar venganzas, ni enardecer espíritus, ni aumentar la zozobra, sino la de contribuir cada cual, en la medida de sus posibilidades, al restablecimiento de una normalidad integral a la que tiene indiscutible derecho nuestro pueblo.